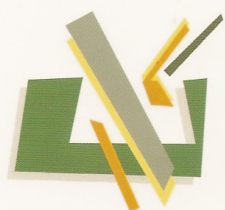


AUTORES, TEXTOS Y TEMAS
CIENCIAS SOCIALES

Gina Zabludovsky Kuper

Intelectuales y burocracia

Vigencia de Max Weber



ANTHROPOS



GINA ZABLUDOVSKY
KUPER, *Intelectuales y burocracia. Vigencia de Max Weber*, Anthropos/UNAM, Rubí, 2009, 221 pp. ISBN 978-84-7658-920-5.

SE ha dicho, no sin razón, que la obra de Max Weber es inagotable, y lo cierto es que cualquiera de sus aportaciones —ya sea en el campo de la metodología, de la sociología de la religión, de la historia o de la economía— ha dado bastantes pistas y siguen ofreciendo orientación a muchos investigadores. En los últimos años, por ejemplo, ha vuelto a discutirse con afán su comprensión del proceso de secularización como característica propia de la Modernidad. Puede decirse, por tanto, que la sombra de Weber sobre la sociología es alargada. Gina Zabludovsky Kuper, consciente de que el sociólogo alemán todavía puede decirnos mucho, ha unido el nombre de Weber a su propia trayectoria intelectual. Profesora e investigadora de la UNAM, desde su primer libro, en el que analizaba el carácter patrimonialista de Oriente, hasta sus trabajos sobre sociología contemporánea, Weber ha sido el origen y la fuente de muchas de sus intuiciones.

¿Tiene sentido estudiar de nuevo las aportaciones de Weber sobre la burocracia? A nuestro juicio, sí. Tal y como plantea Kuper, estamos inmersos en una modernidad radicalizada, que debate sobre la idea de la “des-burocratización”. Es posible, sin embargo, pensar también que el proceso de desmantelamiento de la burocracia constituye, siguiendo la estela de la posmodernidad, una nueva forma —y por ello menos identificable— de burocracia transformada. En este contexto de discusión, la exposición del concepto weberiano de burocracia es pertinente. El sociólogo alemán consideraba que la burocratización es un fenómeno coetáneo a la concentración del poder y que provocaba una consiguiente separación entre el poder y el destinatario del mismo, fenómeno parecido, pero más generalizado y por ello menos reduccionista, a aquel que describiera Marx como la progresiva pérdida de los medios de producción que sufre el trabajador. La concentración del poder exige, como supo ver Weber, un cambio de mentalidad y la imposición de las anónimas reglas de la agencia: entre otras cuestiones, Kuper señala el necesario sentido de lealtad del burócrata, la obediencia a normas ciegas e impersonales, la distribución jerárquica que favorece el anonimato y la separación de funciones. En definitiva, irrumpe lo que algunos, en otras corrientes de pensamiento, han decidido denominar la perspectiva del sistema.

En este ensayo se analiza con detalle la relación entre burocracia y democracia y se repasan las consecuencias que la concentración del poder provoca en los modelos políticos. Es de interés comprobar cómo históricamente la evolución y el desarrollo del poder burocrático diverge del desarrollo de la democracia, es decir, socava la influencia del ciudadano y sigue su propia dinámica. Un tema éste, por cierto, que ha sido estudiado con preocupación por la sociología contemporánea. La mera noción de sistema



administrativo ofrece una idea de la fuerza anónima y autosuficiente de un poder que resurge detrás de la soberanía popular, coartando en ocasiones la voluntad de los ciudadanos y fagocitando su influencia. Habermas, por ejemplo, ha sido uno de esos autores que, aprovechando las intuiciones weberianas, ha entendido la modernidad como la invasión de imperativos sistémicos, a nuestros efectos burocráticos, en el ámbito del mundo social de la vida.

Una de las primeras en certificar la deshumanización de la burocracia y su pretensión totalitaria fue H. Arendt, que no descubrió una especial inquina maléfica en Eichmann, sino a un simple burgués que enredado en una maraña burocrática terminó obedeciendo órdenes criminales. La burocracia, al fundamentar un juego de reglas y reglas y constituirse en mecanismo autónomo, esconde la obediencia al líder en la forma de un anonimato que cuanto menos favorece la irresponsabilidad. Nadie mejor que Kafka ha dibujado ese “nadie” abstracto que se oculta tras la maquinaria administrativa y la jaula de hierro intuida por Weber en la que queda encarcelada la ciudadanía y el ímpetu espontáneo del poder popular. Siguiendo este hilo argumental, Bauman ha expuesto las consecuencias dramáticas de esa burocratización sistémica que anula cualquier atisbo de vida y borra hasta extremos insospechados la individualidad del ser humano y, no menos importante, su creatividad.

Ahora bien, esta línea de pesimismo que contrapone las derivas trágicas de la época moderna a sus pretendidos logros es archiconocida. Desde la Escuela de Frankfurt hasta la ya mencionada H. Arendt, pasando por Habermas y Barman —por no ser prolijo en la enumeración—, de una u otra manera se ha profundizado en las trágicas consecuencias de un proceso de racionalización decantado hacia lo instrumental y aséptico y desatado a su propia suerte. No está de más, en este caso, apuntar que la burocratización ha tenido también sus aspectos positivos. Precisamente, a mi juicio, el proyecto teórico de Habermas intenta encontrar ese equilibrio que sus predecesores no supieron hallar; por ello, su programa pivota sobre dos categorías: sistema y mundo de la vida social, reconociendo a ambas su propio ámbito de despliegue y justificación. Tal vez el ensayo de Kuper podría haberse enriquecido si hubiera decidido incluir una referencia a este pensador alemán, en el que, como se ha indicado, es especialmente evidente la influencia de la sociología weberiana.

También Kuper sostiene que pese a los deméritos, la forma burocrática de organización ha servido para racionalizar las decisiones y regular disputas de poder y posibles conflictos. “Tanto en las modernizaciones iniciales como en las avanzadas y tardías” sostiene “las burocracias han llevado a cabo importantes tareas de socialización y regulación política”. Toda cruz, por decirlo así, tiene también su cara, aunque por sus consecuencias resalte más la primera. Por otro lado, la forma administrativa de organización sirvió de modelo al desarrollo de organizaciones privadas y entre éstas y el aparato administrativo se han dado influencias recíprocas.

El aumento de las funciones desempeñadas por el Estado, sobre todo a partir de la configuración de los Estados de Bienestar, provocó la necesidad de incrementar la organización burocrática: a más funciones, más personas, más aparato. Para la profesora Kuper, el engrandecimiento del Estado corre de forma paralela a la consolidación de una élite profesional, que se encarga de manera especializada a gestionar las nuevas tareas. Obedeciendo los cánones de la racionalidad instrumental, el objetivo es la eficacia. La tecnocracia aparece, de esta forma, sin solución de continuidad con el estado burocrático, como burocracia radicalizada. Se explica este proceso en el libro aludiendo a un cambio material más importante: frente a la estructura técnico-legal que susten-



taba la burocracia tradicional, las exigencias técnico-económicas de las nuevas formas de organización exigen expertos y profesionales que, con el rigor burocrático, consoliden la lucha del estado por conseguir sus fines. El establecimiento de la tecnocracia es un paso necesario para la modernización, ya que nace con el fin de adaptar las funciones y la estructura del estado a las exigencias de una civilización tecnológica.

Analizando los estudios más recientes sobre burocracia, Kuper opina que sólo en algunos de ellos se ha llamado la atención sobre la importancia de la discriminación de género en la conformación de las élites burocráticas. La naturaleza propia de la burocracia es esencialmente masculina, sobre todo porque el trabajo típico del funcionariado se modela en una rígida toma de decisiones y en el carácter organizacional, que incluso intuitivamente responde a una imagen fría y calculadora. En relación con este tema y aprovechando algunos aspectos de la teoría feminista, se confronta la racionalidad técnico-instrumental de la burocracia con esa racionalidad emotiva y la afectividad típica del mundo femenino. Siguiendo a Martin Albrow, Kuper cree que la desaparición de esa importante dimensión de la persona humana constituye uno de los principales defectos no solo de la forma burocrática de gobierno sino también de los estudios que abordan dicha problemática, aunque es consciente de que en la sociología original de Weber hay hueco para estudiar la importancia de factores irracionales o emocionales, aunque en muy pocas ocasiones se han tenido en cuenta.

En mi opinión, uno de los mayores aciertos del libro, además de su claridad expositiva, es el de ofrecer una panorámica sobre la burocracia contemporánea. Uno se pregunta si los nuevos modelos de *management* y agencia, caracterizados por la desdiferenciación, la flexibilidad, la organización en red y la multifuncionalidad pueden seguir siendo englobados en la categoría de “burocracia”. Para Kuper, los principales puntos que definían la forma burocrática de organización ya no se sostienen. Estaríamos, pues, en una edad postburocrática. Sin embargo, alguien más pesimista no tiene más remedio que pensar que, quizá, esta modernidad líquida o posmodernidad voluble y poliforma no sea más que uno de los disfraces que ha tomado de nuevo el poder de la racionalidad técnica: la jaula de hierro, aunque convertida en una invisible jaula de cristal, no deja por ello de ser jaula al fin y al cabo.

Tras repasar el paulatino proceso de modernización en México y el papel que han jugado en el país los principios burocráticos y tecnocráticos de organización, se dedica un capítulo a recordar las aportaciones de Weber en torno a la relación de intelectuales y religión, un aspecto de su obra que la profesora considera de enorme interés e injustamente olvidado. Se ha ofrecido una explicación casi dogmática sobre la relación del científico y el político como dos antagonistas, estudiando sólo la perspectiva que Weber abrió en su famosa conferencia. Pero Kuper recoge las aportaciones de su sociología de la religión y partiendo de su análisis comparativo de las creencias, señala las diferencias que existen entre el sacerdocio intelectual y monopólico de las religiones orientales y el antiintelectualismo cristiano. Por otro lado, el sociólogo alemán observaba un vínculo innegable entre las élites políticas y económicas y los intelectuales religiosos. Lo que se presenta en este ensayo son simples notas y la propia Kuper reconoce la necesidad de trabajar de forma sistemática sobre este tema.

La segunda parte del libro se adentra en la relación de las propuestas sociológicas de Weber con algunos de los sociólogos y pensadores más importantes del siglo pasado, en concreto Simmel, Elias y Berlin. Entre todos ellos existen, obviamente, diferencias acusadas, pero se reconoce en estos grandes pensadores aspectos comunes e incluso lecturas recíprocas que en ocasiones

no han sido debidamente confesadas ni reconocidas. Simmel profundiza sobre las consecuencias culturales y la posible tragedia que se adivina en el trasfondo de la racionalidad instrumental; Elias reflexiona sobre la relación individuo y sociedad y considera que existe una vinculación entre los microprocesos y macroprocesos, proponiendo una alternativa a esa divergencia sociológica fundamental de la que ni el mismo Weber logró escapar. Por último, el pluralismo valorativo de Berlin puede descubrirse ya con anterioridad en las premisas fundamentales del decisionismo weberiano: la diversidad de valores en la vida práctica y los fines irreconciliables que obligan al hombre a hacer una discutible elección entre dioses y demonios no puede solventarse. El último capítulo de la obra tiene un interés historiográfico: se explica el papel de los exiliados españoles en la recepción de la sociología alemana en México, a partir de la formación del Fondo de Cultura Económica y la traducción al castellano del voluminoso *Economía y Sociedad*.

A modo de conclusión, podría decirse que este libro realiza varias aportaciones importantes. Primero, rescata las teorías de un clásico de la sociología y reivindica una nueva lectura de su obra a partir de la problemática contemporánea. Segundo, advierte que los temas que preocuparon a los intelectuales más representativos del siglo XX siguen sin resolverse y que hay que volver a pensarlos. Tercero, es un ensayo enormemente expositivo que ofrece una clara idea de la situación actual de la discusión. No hay duda de que existen algunos aspectos que requieren de una mayor profundización y matización. Seguramente la profesora Kuper nos ofrecerá en sus futuras publicaciones algún análisis complementario sobre algunos de estos temas.

José María Carabante

